

CAPITULO XXXII.

CELIBATO ECLESIASTICO.

Cuando concebimos el pensamiento de escribir este libro, no intentábamos hablar en él del celibato eclesiástico; pero á medida que avanzábamos en nuestro trabajo, lo creimos necesario conforme á la razon por estar tan estrechamente unidos á los intereses de la Iglesia, por ser un punto esencial de la disciplina, por ser tan útil á los pueblos en medio de los que vive el Sacerdote católico, y siquiera para dar á conocer su mérito y proclamar sus inestimables ventajas. Y más todavía, porque ha llegado á nuestras

manos un libro donde el celibato eclesiástico es ultrajado y desfigurado, calumniado: por todo lo que hemos pensado que era de nuestro deber como Sacerdotes, como moralistas, responder á aserciones tan calumniosas y peligrosas. La cuestion del celibato eclesiástico está tratada en ese libro con tanta ligereza y descaro, que supone en su autor ó una crasa ignorancia, ó una profunda malicia. Quizá hay las dos cosas, porque nada escusa al escritor al tratar así esta materia. S. Pablo, S. Gregorio, son allí tratados de impíos, de blasfemos: los pasajes de los Santos Padres, de las Santas Escrituras están allí falsificados, desnaturalizados; los Papas y los concilios son mirados con desprecio. Jamás escrito más inconveniente se escapó de la pluma de un hombre. Si el celibato eclesiástico no es del gusto de los filósofos, que no lo practiquen; pero que sin haber estudiado jamás la cuestion, sin haberla tocado sino es bajo el prisma de las pasiones y las preocupaciones, con esto hagan sup proceso á la Iglesia; que tengan el atrevimiento de decir, contra la verdad histórica, que el Sacerdote católico se ha hecho celibatario por interes, por cálculo, por egoismo, por espíritu de dominacion; todo esto no hace más que dar á conocer, desde lejos, y con mucha evidencia, la

animadversión odiosa del volterianismo contra la religion.

Las atenciones y conveniencias que todo escritor público se debe á sí mismo y que no puede negar al público, son en esta obra desconocidas, despreciadas y sacrificadas á la preocupacion, á la prevencion de un aborrecimiento impotente, y por lo mismo llevado hasta el delirio. La urbanidad que se encuentra en toda alma generosa y bien educada, está desterrada de la obra que nos ocupa. Todo lo que el Sacerdote católico ha hecho hasta ahora, se vé allí desnaturalizado, ridiculizado no más porque vive el sacerdote sujeto al celibato. No llevaremos à más nuestras consideraciones sobre un libro que no tiene más que el triste mérito de ser muy largo, y que nos proponemos volverlo al polvo de donde salió.

A todas estas opiniones más ó menos atrevidas, erróneas y apasionadas, vamos á oponerles la historia; ella responderá mejor que nosotros.

El celibato era tenido en grande honor mucho ántes de Jesucristo. La mayor parte de los sábios y de los filósofos de la antigüedad lo practicaron. Los gymnosofistas, los brachmanes, los aierofantes, los atenienses, una parte muy considerable de los discípulos de Pitágoras, los de

Diógenes, mucho lo honraban: se exigía como ley indispensable para todos los que estaban destinados al servicio de los altares. Entre los egipcios, los sacerdotes de Isis lo observaban. En Persia las mujeres destinadas al templo del sol, hacian voto de castidad. Los atenienses tenian colegios de vírgenes; todo el mundo ha oido hablar de las vestales de Roma. Entre los antiguos galos y los druidas se imponía tambien como ley el celibato.

Melquisedech fué un hombre sin familia y sin genealogía. Entre los hebreos, los que se destinaban al culto de Dios y observancia de la ley, eran dispensados del matrimonio: las mujeres tuvieron la misma libertad. Moisés se separó de su mujer cuando recibió la ley de las manos de Dios, ordenó á los sacrificadores que durante el turno en que les tocaba asistir al templo, se separasen de sus mujeres por algunos dias. Después de él los profetas Elías, Eliseo, Daniel y sus tres compañeros vivieron en la continencia.

Esta excelencia del celibato que la antigüedad habia presentado, Jesucristo la santificó divizándola, en cierto modo porque nació de una vírgen y murió vírgen. El discípulo á quien manifestó siempre una gran predileccion fué San Juan el apóstol vírgen. La Iglesia, depositaria

de los pensamientos de su Maestro, desde que las circunstancias se lo permitieron, impuso á los Sacerdotes y representantes de Nuestro Señor Jesucristo la ley del celibato. Vemos á los Papas Siricio é Inocencio prescribirla á los clérigos desde el año de 385. Esta ley fué en seguida confirmada por el Concilio de Toledo en 400, por el de Cartago en 419, por el de Orange en 441, por el de Arles en 438, por el de Tours en 461, por el de Agde en 506, por el de Orleans en 430, y Boronia prueba que el voto del celibato era general en toda la Iglesia desde el siglo VI. Ved la ley; y yo creo, diga lo que quiera la filosofía, que al quedar establecido así, ningun espíritu de ambicion ó egoismo presidió á su institucion.

Si consideramos por otra parte las ventajas que el ha producido á la sociedad crece su punto de mérito. ¿Quién ha contribuido más durante diez y ocho siglos, al progreso de las luces? ¿Quién, durante la oscuridad de la edad media, ha desembrollado y aclarado los manuscritos y conservado la ciencia? ¿Quién? El Sacerdote católico, ya lo hemos dicho repetidas veces, y no nos cansaremos de repetirlo. ¿Quién ha desbrozado las tierras incultas, desecado los lugares cenagosos, mejorado los países mal sanos, ale-

tando la agricultura, abiertos caminos y carreteras alimentado las poblaciones? ¿No ha sido el Sacerdote católico? ¿Quién ha consolado al desgraciado, vestido al desnudo, asistido al leproso, al contagiado? ¿No es siempre el Sacerdote católico? Y bien, dadme un Sacerdote con hijos, con esposa, con embarazos en fin del siglo, todos sus estudios, toda su abnegacion, toda su caridad que hasta entonces consagró á la sociedad, la convertirá, y con razon, con justicia en provecho y á favor de su familia.

Se nos objetará: las leyes generales de la poblacion se oponen á esta ley. Este es un error; y para destruirlo, basta solo tener algunas consideraciones. Cuando Nuestro Señor Jesucristo apareció sobre la tierra, esta habia llegado á su mayor crecimiento respecto de habitantes, el mundo habia perdido entonces sus soledades, que se contaban en tiempo de Abraham; en consecuencia el celibato no podia ser entonces perjudicial. ¿Y cómo podria serlo si Jesucristo que habia venido á regenerar al mundo, hubiera comenzado por destruirlo? Además, ahí está la historia para responder al autor del libro: el universo ¿Acaso está desierto porque la Iglesia ha impuesto á sus Sacerdotes católicos la ley del celibato? ¿Acaso la Francia, la España, la Italia

estàn faltas de habitantes porque en ellas se ha impuesto al Sacerdote católico la ley del celibato? No es por falta de habitantes por lo que se arruinan las sociedades sino al contrario, por el aumento y aglomeracion de ellos.

Los partidarios del matrimonio de los sacerdotes, perseverando siempre en sus ataques contra el celibato, alegan el desarreglo, el libertinaje, el escándalo del mundo y el suicidio del género humano que dicen se descuellan de él, por qué ¿no sabemos que hay mas desarreglos y libertinaje en el matrimonio que en el celibato? ¿Aquellas torpezas que deshonoran y se denuncian en nuestros tribunales, de dónde vienen? ¿Por quiénes son generalmente cometidos? ¿No son por personas casadas? Y porque en el espacio de diez y ocho siglos algunos sacerdotes infieles á sus votos, hayan dado al mundo un objeto de escándalo, por esto debe decirse que el celibato eclesiástico sea el vehículo de la incontinencia? Si así fuera, preciso sería tambien convenir que de una excepcion cualquiera podria sacarse argumento para destruirse toda institucion, lo que no puede ser más lógico.

En fin, se pretende que uno de los mas poderosos medios para atraer á la religion, seria el matrimonio de sus Sacerdotes. ¡Qué cosas! Así

lo creen ellos, y nosotros creemos lo contrario. Por qué? Porque tenemos á la vista las elecciones de la experiencia; porque si el celibato fuera contra la naturaleza, ¿como practicándolo el Sacerdote católico ha llegado á la altura en que está colocado en el mundo? Esto es por lo que respecta al pasado. En cuanto al presente, no tenemos dificultad en asegurar que de él depende el porvenir y la gloria de la religion: y por el contrario, del matrimonio de los Sacerdotes sobrevendria infaliblemente la caida del catolicismo. No solo nosotros lo creemos así, el mismo juicio tienen nuestros antagonistas; ved por qué gritan tan alto contra tal institucion, ved por qué la oborrecen; ved por qué el celibato les escuece, por qué les pesa tanto su existencia, por qué hacen tanto por desembarazarse de él, por acabar en fin con él, así como con el catolicismo.

El alma del Sacerdote, dice S. Juan Crisóstomo, debe ser más pura que los rayos del sol. El ministro cristiano, dice S. Gerónimo, es el intérprete entre Dios y el hombre. Es necesario, dice Chateaubriand, que un sacerdote sea un personaje divino; es indispensable que á su derredor reinen la virtud y los misterios. Retirado á las santas tinieblas del templo es necesari-

rio que le oigan sin percibirlo; que su voz solemne, grave y religiosa pronuncie palabras proféticas ó cante himnos de paz en las sagradas profundidades del tabernáculo, que sus expansiones sean cortas entre los hombres; que no se muestre al siglo sino para hacer bien á los desgraciados; solo bajo estas condiciones se le otorga el respeto y la confianza. Ambas cosas perdería si se le hallase á las puertas de los grandes, si se le viese embarazado con una esposa, si se familiarizara con todos, si tuviera los vicios que el mundo le reprocha, y si por un momento se le considerara como á los demás hombres.

«Quenosenos venga diciendo que en los países protestantes sus ministros son casados, porque con el mismo autor contéstaremos, que donde esto sucede se ha abolido, casi del todo el culto exterior; que los ministros apenas se dejan ver en sus templos dos ó tres veces por semana; que casi todas las relaciones han cesado entre el pastor y el rebaño, porque siendo ya el primero más bien un hombre de mundo que da bailes y festines para divertir á sus hijos y á su esposa, no puede ménos que perder la confianza del segundo. En cuanto á algunas sectas morosas que afectan la simplicidad evangélica y que quieren una religion sin culto, no esperamos que tam-

co nos las opongán. En fin, en los países donde el matrimonio de los Sacerdotes está establecido, la confesion, la más bella de las instituciones morales, ha cesado, y de hecho debia cesar, porque natural es que no se quiera hacer dueño de los secretos del hombre que ha hecho dueño de los suyos á una mujer; se teme, y con razon, confiarlo á un Sacerdote que ha disuelto el contrato de fidelidad con Dios y repudiado al Criador para casarse con una criatura.

Torpemente se engañaría también el que quisiera compadecer al Sacerdote católico, por el aislamiento en que se le supone vivir á virtud del voto del celibato: el Sacerdote católico jamás está solo; si no está ocupado en distribuir el pan de la limosna al pobre que toca su puerta, lo está en dar consejos al que se los pide; si está con los que no sufren, se entretiene con ellos en instruirlos y edificarlos, está con los enfermos para consolarlos y fortificarlos; cuando no está con los hombres, está con Dios, con su Crucifijo, con su breviario. Que no se juzgue de todos los Sacerdotes por aquel de quien un ilustre escritor y poeta nos ha trazado, no hace mucho, el cuadro: es una de las posiciones más fatales, si no es que sea del todo imaginaria. Nó, el Sacerdote católico, no sufre, no padece con el celiba-

to; al contrario es para él una carga ligera, una santa y libre necesidad que lo une á su Dios á su Iglesia, á sus pobres, á la humanidad entera y á toda criatura. Oh! cuan grande me parece el Sacerdote católico constituido en el celibato! Dios le comunica sus órdenes por su superior, y vedle que en el momento se pone en camino atravesando el mundo, solo, por el simple mandato de su Obispo; no hay para él residencia fija sobre la tierra, la voluntad de Dios es su único móvil; deja sin disgusto el rebaño del que se le separa, porque sabe que va á encontrar otro perteneciente al mismo pastor, al mismo redil, y que trabajar por el Septentrion, ó por el Mediodía, por el Oriente, ó por el ocaso, es siempre trabajar por Dios, y por la Iglesia; más si el Sacerdote tuviera una esposa é hijos, ¿podria tener el mismo desprendimiento, la misma abnegacion, las mismas entrañas? El estrecho recinto del hogar doméstico es el domino del hombre del mundo, del padre de familia: en tres pasos lo mide; pero el patrimonio del Sacerdote católico es el mundo entero.

Concluyamos, pues, que nada racional puede objetarse contra el celibato del sacerdote católico, pues que existia desde la más remota antigüedad bajo la salvaguardia de la sabiduría, de

la filosofía; y desde que ha sido consagrado por Jesucristo, no ha dejado de trabajar en provecho de las luces, en la perfeccion de la moral, y en el socorro de la humanidad doliente. Tres prerrogativas hellísimas, que nos parecen suficientes para que se comprenda esta institucion.

Tomamos el pasaje siguiente de un hombre que no siempre fué favorable al Sacerdote católico, y que con todo hace justicia á la verdad. Es de Montlosier, cuyo nombre á nadie puede ser sospechoso. «El celibato es para el Sacerdote una necesidad: los dominadores de la carne deben estar sometidos á él. Los que dan las fuerzas deben ser fuertes..... basta tener idea del verdadero carácter del Sacerdote, considerar su origen, y respeto que se le debe, y la autoridad que proviene de él, para no dispensárselo.

«Una de las partes más nobles en el carácter del Sacerdote, y que es peculiar solo á la excelencia de la religion católica, es el celibato que se le ha impuesto. Encuentro á muchos hombres de mundo que no se dan cuenta de este sacrificio. Los que ya en el hombre ó en los animales han estudiado con cuidado los primeros desarrollos de la organizacion, pueden decir hasta qué punto esta naturaleza condenada á la

muerte, y que así lo presente, ponga todo en obra desde los primeros momentos, no solamente para mantener la vida, sino todavía más quizá, para trasmitirla y propagarla.....

«En el curso de su vida el Sacerdote tendrá probablemente que triunfar mucho de las cosas; para prepararse es necesario que comience por triunfar de sí mismo; de aquí un estado continuo de sufrimientos y de combates secretos que se pintan sobre el rostro palido de su víctima, y que me han hecho frecuentemente bajar la vista enternecido de respecto.

«No es este solo el sacrificio del Sacerdote: el hombre de mundo se consuela en parte con su campo, con sus hijos: en las miserias de la vida, le son un consuelo, un apoyo: el Sacerdote no lo tiene. Vuestros hijos, dice el Espíritu Santo, serán como el retoño del olivo al derredor de vuestra mesa; así es como será bendecido aquel que teme al Señor.»

El Sacerdote no tiene que esperar ni esta bendición, ni esta recompensa; privado de aquella inmortalidad carnal hácia la que lo conduce con vivacidad la naturaleza animal, él piensa en otra inmortalidad más preciosa, y por esto es por lo que se ha entregado á Dios y dedicado á la oración. Abro el libro que se le ha entregado; se-

gun la regla que le ha sido dada, debe orar á Dios á la primera hora, en seguida, á la tercera, despues de la sexta y luego á la nona; por la tarde son los maitines y laudes. El dia ocupado así, dejará por cierto poco tiempo para la distraccion.